Lóndres se hacen prostitutas á la edad de quince, de doce y hasta de diez años. Sábese únicamente que su cifra es incalculable. «Hay, dice Talbot, millares de esas desgraciadas, que no tienen mas de once á catorce años.» Los dos tercios de las prostitutas de Lóndres, segun confiesan los autores, no tienen veinte años cumplidos.

A falta de datos estadísticos, hay que buscar la prueba de los asertos que preceden en los documentos parciales, cuya mayor parte ha sido dada á luz por las asociaciones instituidas contra el libertinaje. Hed aquí lo que en ellos se encuentra.

Entre las casas consagradas á la prostitucion, hay algunas organizadas especialmente para recibir y corromper á muchachas menores de catorce años. Empero, esta seduccion no se ejerce unicamente contra infelices muchachas. En casi la mitad de estos establecimientos se atraen igualmente á niños del sexo opuesto. Un «amo» de casa, William Sheen, sobre quien se cernia la sospecha haber matado á su propio hijo, no tenia menos de cuarenta súbditos, muchachos y niñas, de nueve á diez y ocho años, permanentes en sus establecimientos de crápula. En casa de Jhon Jacops, antes mencionado, habia prostitutas de doce años!

Los balances de los hospitales suministran, tambien, datos que no dejan lugar á duda. En el período de ocho años, contáronse, en tres de los principales hospitales de Lóndres, 2700 casos de enfermedades venéreas producidas por la prostitucion, en niños de once á catorce años, ¡Un número todavia mayor de adolescentes habia sido forzosamente desechado, por falta de sitio! Otro establecimiento hospitalario: el «Metropolitan free hospital» acoje cada dia muchos enfermos de esta naturaleza. La mayor parte de los que se presentan son muchachas de doce á diez y seis años.

La prostitucion de Lóndres hace, pues, si tal nos atreviéramos á decir, un terrible consumo de adolescentes, sobre todo de muchachas.

Para llenar los vacios que debe hacer frecuentemente la infeccion venérea ó una muerte prematura, la prostitucion hace

una caza declarada á esos séres sin fuerza de resistencia, que las instituciones inglesas parecen entregarle y se ceba principalmente sobre las niñas que los padres envian solas á las escuelas públicas. Estas niñas son destinadas á los placeres de los libertinos envejecidos ó gastados por los escesos, que las pagan á precios fabulosos. Las mas jóvenes, las que tienen solo ocho ó nueve años, sirven de espías activos á los «amos» ó «amas» de casa, y se emplean en vigilar, en la calle, á las prostitutas que los «proxenetes» lanzan sobre los transeuntes, como sobre una presa. ¡A los doce años, cuando nó antes, hácense á su vez prostitutas!

El doctor Ryan ha publicado, bajo el punto de vista de la edad de las prostitutas en Lóndres, un fragmento estadístico, que debe encontrar cabida aquí, por mas que adolezca de incompleto.

En 3103 mujeres públicas, dice, contábanse:

Menores de 15 años. . . .	3
De 15 á 20 id.. . . .	414
De 20 á 25 id.. . . .	872
De 25 á 30 id.. . . .	525
De 30 á 40 id.. . . .	273
De 40 á 50 id.. . . .	88
De 50 á 60 id.. . . .	19
	2196

Esta ojeada estadística tiene el grave inconveniente de no abrazar mas que un número relativamente escaso de prostitutas, para que de ella puedan deducirse conclusiones precisas. No suministra los datos de la edad, sino sobre una parte del total anunciado: 2196 sobre 3103, lo que restringe su trascendencia. Es muda casi, tocante á las prostitutas menores de 15 años; y por tal concepto, no es posible dejar de considerarla como muy defectuosa. Sobre el particular debemos observar que, por efecto de la ausencia de toda inscripcion y de todo registro re-

gular, las estadísticas inglesas solo pueden comprender en sus cifras á las prostitutas que han sido arrestadas por un delito cualquiera, fuera de su profesion.

Por lo demás, vése por esta cifra que, dejando aparte las adolescentes menores de quince años, que todos los documentos nos muestran como ocupando un tan grande y triste lugar en la prostitucion de Lóndres, el mayor número de prostitutas se encontraria comprendido en el límite de edad de quince á treinta años, y principalmente de veinte á veinte y cinco. Así debe ser en todas partes; y así fuera en Lóndres, sin duda alguna, si la sociedad, ó el gobierno que la representa, llenase su deber de proteccion tocante á unos seres demasiado tiernos y débiles para defenderse, y si la prostitucion estuviese sometida al registro de una policía dotada de poderes suficientes.

En efecto, esta reduccion deplorable de la edad de las mujeres públicas, que caracteriza la prostitucion de Lóndres ¿no será un resultado directo y fatal de la libertad ilimitada, al abrigo de la cual se ejerce, y no es de temer que el número de prostitutas menores de quince años tome todavia mayores proporciones en el porvenir, bajo tan funesta influencia? La impunidad obra sobre los crímenes y sobre los vicios, como una levadura. ¡Es tan fácil apoderarse de esas tiernas almas, amasarlas y modelarlas á capricho! Las caricias, y antes aun el terror, no tardan en domarlas. A los veinte años, una mujer sabe ya algo lo que el mundo es; y puede ser dificilísimo engañarla. Por otra parte, el número de hombres agostados á quienes son menester goces escéntricos aumenta con el progreso de las riquezas. Las pasiones gastadas, los gustos depravados se escitan y hácense mas exigentes, á medida de la facilidad con que se satisfacen. ¡Y la impunidad deja el campo libre á la concupiscencia de los mediadores!

Art. 3.—*Causas de la prostitucion.*

Entre las causas de la prostitucion en Lóndres, las hay comunes á Inglaterra y á la mayoría de paises civilizados. Allí, como en Francia, la pereza, la ignorancia y la miseria colocan á millares de muchachas á merced de toda clase de seducciones, y una predisposicion natural al vicio arrastra á muchas de ellas al abismo. Empero, hay influencias que son inherentes á la nacion británica, ó que se muestran en ella mas intensas que en otro país cualquiera. Estas últimas son las que de momento deben llamar nuestra atencion.

Hay que colocar en primer lugar las instituciones mismas de la Gran Bretaña. Estas instituciones, obra de independencia y de desconfianza nacionales, han dado mucho á la iniciativa privada, y muy poco á la accion del gobierno en la administracion interior del país. No queriendo permitir que la mirada de un poder cualquiera penetrase en el seno de las familias, han erigido en dogma absoluto el principio de la inviolibilidad del domicilio. Además, por las rancias tradiciones que respetan y, sobre todo, por las dificultades tenebrosas con que han erizado la aplicacion de ciertas leyes, han originado deplorables abusos, difíciles de reformar, por que su fuente es sagrada, y cuyos efectos desastrosos vienen á entristecer el asunto que nos ocupa.

El principio de la inviolabilidad del domicilio es eminentemente respetable; pero ¿tendrán el derecho de invocarlo los que, situándose fuera de las leyes morales, que son la base fundamental de la sociedad, rompen los lazos de la familia, inoculan en sus miembros un veneno destructor y hácense así, por una esplotacion contra-naturaleza, causa de bastardeamiento para la raza entera?

Bajo la égida venerada de estas instituciones, hanse producido dos hechos igualmente terribles.

El primero es la alianza estrecha de la prostitucion con el robo. La prostitucion se ha convertido en el refugio asegurado, y despues, naturalmente, en uno de los medios de accion del robo. Por lo tanto, fácilmente se concibe que su incremento era inevitable.

El segundo hecho es la extension del tráfico de las tiernas vírgenes salidas á penas de la primera infancia. En efecto, si la

gular, ley castiga la corrupcion y la excitacion al libertinaje, lo castiga débilmente y no lo persigue de oficio! El lucro es fácil, y las probabilidades de castigo lejanas. La avidez del corruptor no tiene por contrapeso las medidas de represion suspendidas sin cesar sobre su cabeza.

Tras las instituciones, vienen las costumbres británicas.

En Inglaterra, las familias son generalmente muy numerosas. En las clases pobres, y hasta en condiciones respetables con un pasar modesto, estas familias numerosas suministran ámplio contingente á la prostitucion. La miseria y la pasion del lujo son las causas predisponentes; los manejos de los «mediadores» seducen y arrastran.

Pero lo que, en las costumbres inglesas, favorece sobre todo el desarrollo de la prostitucion y asombra dolorosamente al observador, es el hábito, generalmente seguido en la clase pobre, de la mescolanza de sexos y edades en un mismo cuarto, en una misma cama. Muchas prostitutas, interrogadas sobre las circunstancias que las habian llevado á su mísera condicion de vida, no han vacilado en señalar tan peligrosa promiscuidad como causa primera de su desmoralizacion.

Y no son solo hermanos y hermanas los que así viven revueltos con sus padres, y que, de niños, crecen juntos en el olvido de toda castidad; primos, primas, aprendices y hasta inquilinos ocupan una misma habitacion, hacinándose por la noche, en lechos insuficientes; hasta matrimonios, ni siquiera allegados, viven en asilo comun, y por única separacion, cuando están separados, no tienen mas que una simple cortina, ó un tabique delgado é incompleto.

Esta promiscuidad, triste fruto de la pobreza en las clases bajas, es todavia mas notable en el campo que en la ciudad; y, salvas algunas raras escepciones, entre las que se citan las partes mas favorecidas de los distritos manufactureros del Lancashire, del Cheshire y del Warwickshire, se observa en toda la extension de Inglaterra (V. «The great sin»).

Los informes oficiales, las actas de las asociaciones fundadas

HISTORIA DE LA PROSTITUCION.

Promiscuidad lamentable.

contra el libertinaje, las publicaciones médicas, están de acuerdo en deplorar un abuso tal, y registran un sinnúmero de hechos capaces de conmover la opinion pública. Citaremos unos cuantos.

Un contra-maestre, sujeto apreciable, dormia en el mismo cuarto y en la misma cama con su mujer y sus dos hijas mayores, de veinte años una y la otra de veinte y dos. En un cuarto contiguo, amontonábanse cada noche todos sus demás hijos, varones y hembras, alguno de los cuales no tenia menos de diez y seis años.

Una madre, de cincuenta años de edad, y su hijo, de veinte y uno cumplidos, no tenian mas que una cama; un inquilino ocupaba otra cama en el mismo cuarto.

En una cueva, que les servia de dormitorio, una madre y su hija, que ya no era niña, ocupaban un lecho; en otro, á corta distancia de éste, se acostaban tres marineros.

En un mismo cuarto, habia tres lechos, ocupados: uno por un hombre, con su mujer y su hijo; otro, por dos muchachas jóvenes, y el tercero, por dos adolescentes.

En otra casa, un mismo lecho admitia al marido, á su mujer y á la hermana de esta... (V. «General sanitary report.» Lóndres. 1842.)

No pasaremos en silencio otro hecho digno de mencion. Trátase de un cuarto de «Peter street,» cuya huéspeda habitaba la parte central, cerca del hogar; de los cuatro ángulos del aposento, tres estaban ocupados cada uno por una familia, con cuatro ó cinco personas para un lecho; en el cuarto ángulo, una inquilina, una pobre inválida, no pudiendo pagar todo el alquiler de la cama, tenia sub-arrendada la mitad!

El hecho escandaloso que sigue, hállase mencionado en un informe oficial: un viudo dormia en el mismo cuarto que su hijo y su hija adultos. ¡Esta última tenia un hijo, que ella atribuia á su padre, éste á su hijo y los vecinos, á uno y otro! (V. «Report of Board of Health on cellar Dwellings and common Lodging-houses in Lancashire.»)

Aquí, tocamos al crímen y pasamos de la morada del campesino y del obrero, á la del malhechor. ¡Qué pasará en esta última, despues de lo que hemos visto tener lugar entre las familias laboriosas y honradas!

Fácil es prever los resultados de los hábitos estraños que acabamos de señalar. Si el pudor es el mejor guardian de la virtud de las mujeres: ¿qué resistencia podrá esperarse de las muchachas en quienes el pudor se ve hollado desde su mas tierna edad, en el seno mismo de la familia? Así, pues, nada de estraño tiene el que la prostitucion haga entre ellas una abundante y fácil cosecha.

Un hecho desconsolador, inherente á las costumbres británicas, y que deploran amargamente los escritores ingleses, como una de las causas que favorecen el desarrollo de la prostitucion en el pueblo de Lóndres, es la falta de vigilancia ejercida por los padres sobre hijos, en la edad de la inexperiencia y de la debilidad.

Hemos visto ya que muchos millares de muchachas se pervierten, gracias á tan culpable negligencia. Leamos ahora un hecho, tomado del doctor Ryan, que pinta de una manera admirable esta fria indiferencia de los padres, la funesta libertad de que las solteras gozan y la habilidad con que los agentes del libertinage se enseñorean de esos corazones sin virtud: «... Una muchacha de catorce años vino á implorar la proteccion de la asociacion fundada para combatir la prostitucion de las menores. A la edad de doce años, yendo un dia á la escuela dominical, habia sido atraida á una casa de prostitucion, y allí, tan poderoso fué el imperio ejercido sobre ella, que, aun cuando no abandonó el hogar materno, habia continuado durante dos años frecuentando el mismo establecimiento, sin dejarlo traslucir á sus amigos, ni á sus padres.»

Multitud de niños, completamente abandonados, corretean por las calles de Lóndres, sin domicilio seguro, y acaban siendo presa de gente malvada.

Otros niños son, por parte de sus padres, objeto de una solicitud tan odiosa como el abandono, solicitud que les guia, por otra senda, al abismo. «Entre «Spital-fields,» y «Bethnal Green», dice Leon Fancher, en un camino del que el acrecentamiento de la poblacion ha hecho una calle, se celebra, los lúnes y mártes, de seis á siete de la mañana, un mercado de niños. Es un espacio abierto, donde los niños de uno y otro sexo, de edad de siete años y mas, se presentan para arrendarse á la semana ó al mes, á todo quien quiera utilizar sus servicios... ¡Habrá monstruosidad mayor!... Un padre, una madre llevan á su hijo al mercado.... Pregónanlo como vil mercancia, expónenlo á vista de los transeuntes y dejan que su cuerpo y alma sean manoseados por gente estraña. Entréganlo para ser esplotado, en una edad en que las fuerzas á penas están naciendo, al primer advenedizo, con tal que sea el mejor postor, y al amo mas disoluto, como al mas ordenado en sus hábitos, sin exijirles la mas mínima garantía de buen ejemplo, ni de buen trato!»

Pero, no solo en los rangos del pueblo es donde el influjo de las costumbres británicas da á la familia una fisonomía y unos modales que nos parecen extraños. Llevemos nuestras miradas mas arriba; dirijamos nuestras investigaciones filosóficas entre las clases acomodadas. Aquí, como es presumible, ya no se vé esa fria y brutal explotacion de los niños; aquí, ya no reina el acerado aguijon de la miseria; ya no es cuestion de esa negligencia absoluta, de ese abandono completo. Empero aquí, tambien una vigilancia imperfecta, una libertad, entre nosotros desconocida, permitida á las solteras, tienen á veces terribles consecuencias. En asunto de costumbres públicas, en una nacion dada, todos los rangos son solidarios. El mismo espíritu reina sobre toda la poblacion; solamente, la diferencia consiste en matices armonizados con la posicion social. Las influencias perniciosas producen: en una esfera, el libertinaje; en otra, la prostitucion!

Con motivo de esto séanos, permitido reproducir aquí una anécdota; pero una anécdota conmovedora y característica.

Una anécdota que constituye, en pocas líneas, todo un cuadro de costumbres.

Por mas que el hecho tuvo lugar en Nueva-York, pertenece legítimamente al asunto de que tratamos;

Porque, por las costumbres de la familia, la civilizacion de los Estados unidos de América es, con poca diferencia, la misma de Inglaterra.

La primera no es mas que la transplantacion de la segunda.

El hecho es el siguiente:

Un hombre de mundo, cliente asíduo de una rica casa de prostitucion, pedia que le presentaran una jóven que no hubiese sido aun seducida.

Se la prometieron.

Y no tardaron en cumplirle la promesa.

Pocas semanas habian transcurrido, cuando, un domingo por la tarde, recibió un billete, en el que la dueña de la casa de prostitucion le hacia saber que tenia á su disposicion una jóven, deliciosa niña en la primavera de su vida!

Manda el libertino poner el coche...

Diríjese á la cita...

Llega á la casa; se dirije al cuarto donde la víctima le estaba esperando...

Entra...

¡Era su hija!!

—Hola, papá, le dijo: ¿á qué vienes aquí? A mí me han traido á ver estos cuadros.

¿Y á tí?

—He venido á buscarte, hija mia, por que sabia que estabas aquí!

Toma á su hija en brazos... la mete en el coche y manda alejarse á golope de aquella infame casa!

Ahora bien:

¿Por medio de qué infames maniobras habia conseguido la proxeneta atraer á aquella señorita á su tugurio?

Nada mas sencillo.

Habia escogido, en la iglesia, un sitio cerca del en que se colocaba, cada domingo, la jóven para asistir al oficio religioso.

El primer domingo la habia saludado.

Al siguiente, le habia dirigido la palabra, y se habia informado del estado de su salud.

Poco á poco, habia trabado conocimiento con ella.

Y un dia le preguntó si le gustaban los cuadros.

Al oir la respuesta afirmativa de la niña, le habia propuesto acudir, un dia, á su casa, á examinar la coleccion que poseia.

Aquel domingo, habia ido á buscarla.

Por eso dijo, al ver á su padre:

—Me estaba entreteniendo en mirar los cuadros que posee esta señora..!

En Francia, estas aventuras, que revelan tanta audácia como seguridad por un lado, y por otro tanta imprevision y negligencia, parecen de todo punto inverosímiles, asi como en otras capitales de Europa.

Pero, en Inglaterra, se hallan en el órden de los acontecimientos que deben preverse ó temerse.

M. Talbot, en uno de sus discursos, decia, dirigiéndose á su auditorio:

»Vosotros, los que os prometeis una dicha sin mezcla, en la sociedad de una hija muy querida, pura como la gota de rocio que brilla al igual del diamante, pensad que los horrores de la vida de la prostitucion pueden llegar á ser su triste herencia!»

»Sustraida por un momento á vuestra atencion vigilante puede ser atraida, seducida y perdida, por una de esas miserables criaturas de forma humana, cuyo tráfico intenta hacer desaparecer nuestra asociacion etc., etc.»

Otra causa de prostitucion, que desgraciadamente no pertenece solamente á Inglaterra, pero que no debemos pasar tampoco en silencio en este punto, por que en ningun otro país son tan manifiestos sus efectos ni tan aflictivos, y en ninguna parte hace tantos estragos entre las jóvenes del pueblo, es la parquedad de los salarios con que se pagan los trabajos de las mugeres.

No nos incumbe investigar aquí cuales puedan ser en Lóndres las causas de tan deplorable depreciacion, á la que contri-

buyen, sin duda, como en todas partes, la competencia bajo todas sus formas, la avidez de los agentes que se interponen entre la obrera y el consumidor, etc. Sin embargo, una hay que merece ser señalada, por cuanto atañe peculiarmente á Inglaterra, y es la participacion de los hombres á los trabajos, que, entre nosotros, se consideran como reservados á las mujeres: «En igualdad de circunstancias, dice Faucher, la prostitucion debe ser mas comun en Lóndres, que en París, por cuanto los recursos del trabajo de las muchachas son allí mas limitados. En Inglaterra, sin contar las fábricas de hilados y tejidos al vapor, los hombres desempeñan una parte de la tarea que corresponder debia á las mujeres; presiden á los trabajos de costura y á otros varios de índole verdaderamente mujeril.» Los autores ingleses no vacilan en considerar esta competencia particular como una de las causas que favorecen el desarollo de la prostitucion.

La narracion de los sufrimientos que sobrellevan las infelices obreras que se esfuerzan en vivir con el producto de la aguja, tiene algo de desconsolador. Concíbese, en tal lectura cuantas veces ha debido preceder una lucha penosa á la caida; por que permitido es admitir que, entre las muchachas en edad de apreciar lo que hacen, y que han sucumbido, tal vez si hubiesen tenido á su disposicion otro medio de procurarse la subsistencia, pocas habrian consentido en hundirse en el cieno de la prostitucion. «Los trabajos de costura, continua Faucher, son tan poco retribuidos en Lóndres, que las jóvenes que á ello se dedican, con suma dificultad consiguen ganar de 3'75 francos á 5 francos por semana, trabajando de diez y seis á diez y ocho horas por dia. El salario de una bordadora no pasa, casi nunca, de 50 á 60 céntimos; las costureras obtienen generalmente 30 céntimos por coser una camisa, y de 20 á 25 céntimos por un pantalon. Difícil seria imaginar nada mas atroz que la existencia de estas infelices. Preciso es que se levanten de 4 á 5 de la mañana, en toda estacion, para emprender la tarea ó ir á solicitar pedidos á los mercaderes. Trabajan sin descanso hasta media noche, en

aposentos mezquinos, donde se reunen hasta cinco ó seis para mas economia de fuego y luz... Esta vida sedentaria y esta aplicacion constante las envejecen antes de tiempo, y eso, cuando la tisis las respeta. ¿Debe sorprendernos, pues, el que algunas, horrorizadas ó exasperadas de encontrar tan rudo el sendero de la virtud, tiendan sus brazos á la prostitucion?»

Hánse instituido pesquisas mas ó menos latas sobre este asunto lleno de interés, sea por las asociaciones fundadas para combatir el libertinaje, que han consignado los resultados de sus trabajos en sus actas, sea por filántropos llenos de celo, que han confiado á la prensa periódica el fruto de sus investigaciones, con el laudable fin de ilustrar la opinion. Estos interrogatorios, estos relatos confirman cuanto precede, y alzan una punta del velo que oculta, en Inglaterra, una gran úlcera social... «Mientras vivió mi marido, decia una de estas infortunadas, permanecíle fiel. Murió...! Tan miserables nos encontrábamos, mi pobre hijo y yo, que no me quedó otro recurso que pedir á la prostitucion el pan que nos ha impedido morir de hambre. Si hubiese podido subsistir con el producto de mi trabajo, jamás hubiera ido á buscar mis medios de subsistencia á la calle. Tengo el sentimiento de decir que en igual caso que yo se encuentran infinidad de personas. ¡Centenares de mujeres casadas y no casadas hacen lo que yo hago, y por igual motivo!» (V. «The great sin.»)

Acabamos de ver á la pobreza obligada á tender la mano.

Veamos ahora á la riqueza haciendo brillar su oro, é imponiendo degradantes condiciones.

La inmoralidad y el libertinaje son patrimonio de todos los tiempos y de todos los países. Allí donde haya hombres, habrá necesidades y deseos, cuyo orígen está en las mas imperiosas leyes de la naturaleza, y que, no encontrando siempre su satisfaccion en las vias legítimas, desbordan con mayor ó menor impetuosidad por todos los senderos que encuentran al paso. Así, cuanta mayor es la castidad en las mujeres de las clases elevadas, tanta mayor extension, en igualdad de circunstancias, toma la prostitucion en-